


La Transición política propició la regeneración del periodismo gráfico que adquirió entidad propia como contenido informativo y dejó de ser un elemento auxiliar de la palabra.



Para más información y entrevistas con el autor:

María José de Acuña

 comunicacion@milrazon.es

 606 14 68 10

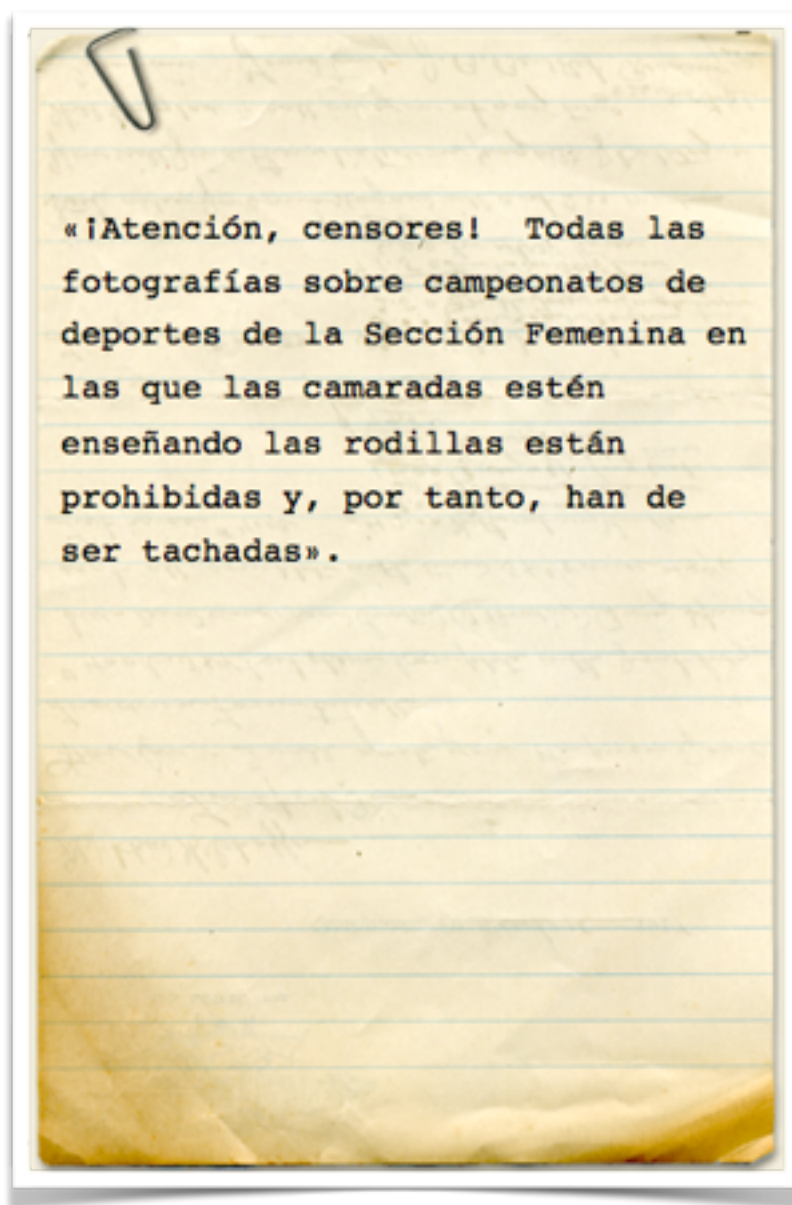
 @milrazones

Breve nota biográfica del autor



Juan Ignacio Fernández Bañuelos (Bilbao, 1959) es jefe de edición del periódico *El Correo* desde hace 20 años. También ha trabajado en medios de Estados Unidos, Venezuela, Brasil y Portugal. Doctor en Comunicación Audiovisual y apasionado de las imágenes, en especial de la pintura contemporánea, mantiene una relación de amante insatisfecho con la fotografía.

Dice el autor sobre este libro: Este libro es muchas cosas, aunque tal vez, en el fondo, solo sea una explicación y un deseo. El resumen que me he dado de aquello que me importa, y el deseo de que pueda resultar útil a otros que vendrán. Es, además, una síntesis de datos, experiencias y reflexiones que empezaron siendo una tesis doctoral leída hace más de una década. Como un romántico de esta profesión y de las imágenes, de las que tanto he recibido, creo que hoy es más necesario que nunca vivirlas con pasión y negarse a sentir lo que escuché una vez a aquel banderillero cagueta, ceniciento y sesentón, en una tarde de diluvio: «¡Con lo bien que estaríamos tós en el cine, porque esto no vale pa ná!».



La vida siguió adelante, y la política se enmarañaba como los hilos de una madeja enloquecida. Y continuaron los crímenes, y el fútbol, y los olés en los toros. El miedo, y también la indiferencia. Mucha. Tanta, que parecía que no hubiese buenos y malos. En las calles se ensalzaba a los asesinos, se jaleaban sus crímenes y se animaba a cometerlos. «¡ETA, mátalos!», aullaban multitudes. Y se miraba hacia otro lado. Para sobrevivir. La mayoría. Casi a diario. Y algunos se desviaron por el lado más siniestro. Y se saltaron la ley. La sangre de verdad es más oscura que en el cine, pero es del mismo color en todos los casos. Como el llanto. No hay diferencia entre las lágrimas. Todas saben igual. Amargas. Las de aquí y las de allí. Nunca habías visto un cadáver. Ni todo aquel horror. Ni todo aquel dolor. Hasta entonces.

Cesó el crepitar de las máquinas de escribir. Aparecieron los ordenadores. Y las redacciones se hicieron paulatinamente silenciosas como laboratorios. La tecnología avanzó y el fotoperiodismo siguió su caminar, sin la emoción de aquellos días, cuando ser periodista significaba gozar de reconocimiento en la sociedad. Luego volvieron las inercias. Se multiplicaron las ruedas de prensa y nuestras imágenes descubrían menos cosas, aunque las mostrábamos mejor. Nos volvimos menos osados y más complacientes. ¿Tenía sentido? Por todas partes sonaba la palabra democracia. Y libertad. Para algunos con ira. Y hasta los grises dejaron de serlo. Y pasaron a ser técnicos, color marrón, en la disolución de ciertos conflictos. Y perdimos prestigio. Y así, por el camino, hasta dejamos de fumar.

La Transición fue el lugar donde todo era posible, un espacio de libertad repentina, única, en un momento transformación que marcó un nuevo punto de partida para la profesión e impuso otro ritmo a nuestras vidas de informadores. Allí crecimos profesionalmente y presenciamos en directo la ruptura con un mundo en el que la fotografía, el periodismo y la cultura vivían en el pasado, en un mar turbulento, gris oscuro, casi sin evolución desde la Guerra Civil.

El periodismo gráfico absorbió de los grandes autores, se empapó del mundo de la cultura y supo hacer de ellos el sustrato noble de una profesión apasionante, su referencia densa y perdurable. Matizó el sentimiento de subordinación completa y de gregarización de los reporteros gráficos. Y algunos fotógrafos, muy pocos, se expresaron con sus propias palabras e inquietudes. Se involucraron en los cambios, mejoraron la profesión, la llenaron de calidad. Pero esas cosas no duran siempre. A períodos de calma o de agitación les suceden sus opuestos. Y se transforman las cosas. Pero la vida y la historia, tienden a repetirse.

Tomado del epílogo

Entrevista

En *Cuando la luz cambió* se analizan algunas de las circunstancias históricas y culturales que dieron origen al fotoperiodismo como especialidad informativa. ¿Cuánto tiempo necesitó el periodismo gráfico de comienzos de los ochenta para romper con los temores y las rutinas que la prensa había heredado del franquismo?

El punto de inflexión se produce con la aparición de nuevas cabeceras. Tanto *El País* como *Diario 16* (en 1976), y *Deia* en el País Vasco (en 1977), incorporan personas y conceptos nuevos a la prensa que afectan tanto a las temáticas como al uso de la fotografía, la edición y el diseño. La ruptura es clara en 1978. Para entonces la distancia entre lo que hacían unos y otros empieza a ser patente. En los nuevos medios prevalece la emoción, la cercanía, la búsqueda del reportero por conseguir algo personal, más interesante, a veces exclusivo. Se percibe que la fotografía y el diseño han bebido de otras fuentes: del fotoperiodismo de la edad de oro (los 40 a los 70), de autores clásicos, de la historia, del arte... No obstante, este cambio, que es progresivo (buena parte de los profesionales de esta época ya había trabajado durante el franquismo), sigue su curso hasta bien entrada la década de los 80. La distancia que marcaban el temor y las inercias, frente a la posibilidad de búsqueda personal en libertad, va a ir produciendo cambios increíbles, "similares a la sensación de un ciego que recobrarla la vista", dice un colega al que cito en el trabajo.

Tras la lectura de tu obra, el lector va a constatar que con la Transición a la democracia en España apareció una nueva generación de periodistas gráficos, nuevos medios de comunicación y otras formas de hacer las cosas, con más y mejores medios para llevarlas a cabo. ¿Significó esto también la emergencia de nuevos lectores y nuevas exigencias?

La nueva prensa generó no sólo un interés mayor por la información (empezaba a ser creíble), sino también, en efecto, la aparición de nuevos fotoperiodistas algunos de los cuales nunca habían trabajado en periódicos y procedían de la universidad, de agencias, de otras publicaciones, etc. El movimiento informativo, la actividad periodística en general fue extraordinaria. Lo que antes valía ya no servía siempre, y eso, unido a la convivencia con nuevas agencias de información gráfica y profesionales con gran formación fotográfica y periodística, cambió las cosas, el contexto general de una profesión muy endogámica, que en muchos casos estaba compuesta por sagas familiares. El nivel general fue más alto y la exigencia hacia esos profesionales (exigencia de los medios y exigencia propia) fue mayor.

El libro destaca por la labor de documentación realizada para su redacción, ¿crees que viene a llenar un vacío existente dentro de la bibliografía sobre la época y la temática?

Además del recuerdo propio, durante tres años tuve ocasión de revisar las hemerotecas de periódicos e instituciones que conservaban ejemplares de la época. Eran los años en los que realizaba el trabajo de campo para mi tesis doctoral que sirve como sustrato base a este ensayo. Pero para hacer este libro (que poco tiene que ver con aquel trabajo del que he eliminado casi todo lo académico), he agregado opiniones, lecturas y experiencias personales que hacen de él otra cosa bien distinta, mucho más personal.

En los últimos tiempos he leído algunas cosas acerca de la Transición, pero no soy consciente, francamente, de la existencia de ese vacío. La desaparición de los grandes personajes de la política que la hicieron posible ha vuelto a ponerla, de alguna manera, de actualidad. Hoy vemos de manera muy distinta aquél tiempo y tendemos a ensalzar la labor de personajes que antes tal vez rechazábamos. Deseo que sea de interés para los que no conocieron la época, para los que desean sumergirse en la historia, también para quienes viven y se hacen preguntas acerca de la actualidad del periodismo gráfico y del periodismo en general.

Háblanos de lo que supuso la excepcionalidad del periodismo gráfico vizcaíno. El nuevo contexto político y social demandó la aparición de nuevas cabeceras, como *Egin* y *Deia*, que atendieran a una audiencia heterogénea y de fuerte composición nacionalista. ¿Piensas que a fecha de hoy, y tras los cambios y transformaciones vividos durante los últimos años, los lectores vascos siguen necesitando una prensa propia?

No sé si el concepto necesidad que manejamos ahora es el mismo de aquellos años. Entonces existía la necesidad de conocer la verdad, la necesidad de saber qué se fraguaba entre bambalinas. Era fundamental conocer el pasado, a los personajes que estaban ocultos, viviendo en la clandestinidad. Era necesaria una prensa cercana que hablara de nosotros mismos, que se enfrentara a la libertad y al futuro sin miedos. Del mismo modo que la sociedad aspiraba a tener su autonomía (o su independencia), sus propias instituciones, o a hablar en su propio idioma con libertad, se deseaba que los medios (mejor si no están contaminados), nos cuenten la realidad. Con el paso de los años pudo comprobarse que el anhelo de libertad no era exactamente lo que esos medios proponían, y su adscripción a unas ideologías, marcó su devenir. En realidad, esta circunstancia no es, desde mi punto de vista una excepcionalidad, no creo que la aparición de cabeceras, por mucho que tuvieran un fondo nacionalista, supusiera una excepcionalidad en sí misma. Acababan de aparecer diarios en España, siguieron otras apariciones posteriores... Era el signo de los tiempos. En relación al fotoperiodismo tampoco puede hablarse de

excepcionalidad; sí de renovación, de modernización, de adaptación (por unos años) a los nuevos tiempos, con la importancia que eso tuvo en un entorno obsoleto en términos técnicos y profesionales. Los lectores tenemos hoy felizmente la posibilidad de elegir, de decidir qué deseamos leer. Los datos en este sentido son claros: la mayor parte de los lectores de periódicos del País Vasco se inclinan por cabeceras no nacionalistas (en Bizkaia *El Correo* supone el 75% de los periódicos vendidos a diario), y, de manera mayoritaria, escritas en castellano.

Antaño el reconocimiento de la autoría brillaba por su ausencia, la firma del reportero gráfico nunca aparecía junto a su obra y hoy, sin embargo, vemos numerosas muestras de trabajo en redes sociales como Pinterest. ¿Qué compromisos debe adquirir con la sociedad el profesional en el momento presente que desarrolla su labor en entornos digitales para aportarle valor?

Calidad, personalidad, originalidad. Cultura y sentido informativo. El flujo de imágenes en la actualidad es extraordinario. Miles, millones de imágenes circulan por el ciberespacio y se cruzan en nuestras vidas en todas las redes sociales. Hoy no es tan habitual que las fotos que tomamos vayan a parar a un álbum, que queden almacenadas en un soporte de papel. Hoy es más natural que las imágenes fluyan, que se muevan. Es evidente que las cosas han cambiado. Ahora no sólo hay un reconocimiento al autor en los medios (un reconocimiento mayor, aunque todavía con algunas inercias negativas), sino que es posible acceder de manera sencilla a la obra de miles de autores, clásicos, modernos... El nivel cultural es más alto, el conocimiento del mundo de la imagen, directa o indirectamente es mayor. Y no vale todo. Hoy la originalidad, el propósito del autor y su cultura son imprescindibles. Para hacer fotos no basta con conocer un puñado de normas y repetirlas hasta la saciedad. El fotógrafo debe ser consciente de su responsabilidad frente a la ciudadanía y tiene que respetarse a sí mismo y a los lectores. La sociedad y sus entornos digitales exigen mucho más porque saben mucho más.

Datos del libro

Título: Cuando la luz cambió

Subtítulo: Fotoperiodismo en Transición, 1975-1982

Autor: Juan Ignacio Fernández Bañuelos

Publicación: Editorial Milrazones, junio de 2015

ISBN: 978-84-938927-0-8

Rústica con solapas / 142 x 230 mm. / 240 páginas